La Iglesia vive y celebra el tiempo del Espíritu Santo

Este fin de semana celebramos Pentecostés que, con el Triduo Pascual y Navidad, es de las fiestas más importante que marcan los tiempos litúrgicos y que nos ayudan a tomar consciencia de claves desde las que vivimos nuestra fe. En el Antiguo Testamento esta fecha señalaba el final de las cosechas de primavera, un día de alabanza a Dios. Para nosotros y nosotras señala el comienzo de la Iglesia, su nacimiento guiado por el Espíritu. No es un acto íntimo y personalizado, Pentecostés, es todo un estallido de alegría y de entusiasmo, de fuerza y valentía, de pasión de la comunidad cristiana... hay una Buena Noticia para el mundo y el Espíritu Santo no dejará que nos perdamos. Ya, con este acontecimiento Pascual cerramos este tiempo y comenzamos el lunes, el Tiempo Ordinario.

> *Hemos invocado el don pascual del Espíritu Santo, pidiéndole que nos enseñe lo que debemos hacer y nos muestre juntos el camino a seguir. Con este documento, la Asamblea reconoce y testimonia que* ***la sinodalidad, dimensión constitutiva de la Iglesia****, ya forma parte de la experiencia de muchas de nuestras comunidades. Al mismo tiempo, sugiere caminos a seguir, prácticas a implementar, horizontes a explorar.*
>
> –*Documento Final* del Sínodo, 12

> *En términos simples y sintéticos, podemos decir que la sinodalidad es un camino de* ***renovación espiritual y de reforma estructural*** *para hacer a la Iglesia más participativa y misionera, es decir, para hacerla más capaz de caminar con cada hombre y mujer irradiando la luz de Cristo.*
>
> –*Documento Final* del Sínodo, 28

> *Pentecostés no fue un hecho aislado que duró unos minutos, sino el principio de una Nueva Era (la Era de la Iglesia) que durará hasta el fin del mundo.*
>
> –Rovirosa OC TV pág. 72

> **Hch 2, 1-11:** *Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar.*
>
> **Sal 103, 1ab.24ac.29bc-30.31.34:** *Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.*
>
> **1Co 12, 3b-7.12-13:** *Hemos sido bautizados en un mismo espíritu, para formar un solo cuerpo.*
>
> **Secuencia del Espíritu Santo (*Veni Creator*):**
>
> **Jn 20, 19-23:** *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.*

Primera Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (2, 1-11)

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido, semejante a una ráfaga de viento impetuoso, y llenó toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lenguas como de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos de Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu los movía a expresarse.

Se encontraban por entonces en Jerusalén personas devotas venidos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertadas, porque cada cual oía hablar en su propia lengua. Todas las personas, sorprendidas y admiradas, decían:

–¿No son galileos todos los que hablan? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua materna? Partos, medos, elamitas, y quienes vivimos en Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y la parte de Libia que limita con Cirene, los romanos que estamos de paso, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos proclamar en nuestras lenguas las grandezas de Dios.

En el libro de los Hechos, Lucas en los primeros capítulos y con la Ascensión de Jesús, hace la transición del tiempo de Jesús al tiempo de la Iglesia. Y, aunque todos los hechos que van apareciendo forman parte de un todo pascual, el relato de la venida del Espíritu Santo marca un antes y un después en ese paso al tiempo de la Iglesia.

Es importante recordar que los que estaban reunidos, los que ya formaban aquella incipiente comunidad cristiana eran ciento veinte personas, así lo dice Lucas en unos párrafos anteriores y fueron los que eligieron a Matías. No habla el texto de que el Espíritu los reciben los doce, eran los mismos que estaban reunidos en el mismo lugar. El Espíritu llega a la comunidad.

Es un texto que tiene un trasfondo del Antiguo Testamento importante, eso nos ayuda a comprenderlo con más profundidad y nos permite salirnos del enredo de entenderlo al pie de la letra y quedarnos en los hechos portentosos que aparecen. Podríamos decir que lo importante no es tanto lo que ocurre dentro del cenáculo como lo que ocurre por fuera.

El primer texto que recordamos del Antiguo Testamento viene de la mano del libro de los Números (11, 16-29). Moisés se queja de su exceso de trabajo y se convoca a setenta dirigentes del pueblo a los que se les concede mitad del espíritu de Moisés. Dos ancianos no se presentaron, pero recibieron también el Espíritu fuera de la Tienda del Encuentro. Protesta Josué, pero Moisés le dice «ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta». Todas y todos reciben el Espíritu Santo para la misión en medio de hechos portentosos que nos recuerda la profecía Joel cuando, en el capítulo tres, habla del Espíritu que llega a todo el pueblo en medio de prodigios.

Por otra parte, lo que ocurre fuera, esa fuerza del Espíritu que les lleva a no tener miedo, a salir a la calle, al encuentro de todos los hombres y mujeres para anunciar a Jesús y a un Jesús que es entendible para toda la humanidad. Si en la torre de Babel, el orgullo la prepotencia dividió en lenguas a la humanidad, la fuerza del Espíritu derramado para anunciar a Jesús une, congrega y todas y todos entienden desde su propia lengua.

Pentecostés funda la Iglesia, la hace valiente, abierta, «en salida»... hace a la comunidad cristiana universal. Jesús es una propuesta de liberación para la humanidad y el Espíritu es quién hace posible anunciar, realizar y vivir esa buena noticia. Así comienza esa Iglesia en salida de la que tanto hablaba el papa Francisco.

Salmo 103, 1.24.29-31.34

Envía tu espíritu, Señor,
y repuebla la faz de la tierra.

¡Bendice, alma mía, al Señor!
Señor, Dios mío, qué grande eres;
¡Qué abundantes son tus obras, Señor!
La tierra está llena de tus criaturas.

Si les quitas el aliento agonizan
y regresan al polvo.
Les envías tu aliento y los creas,
renuevas la faz de la tierra.

Que la gloria del Señor sea eterna,
que el Señor se goce en sus obras.
Que mi poema le agrade,
que yo en el Señor me alegre.

Envía tu espíritu, Señor,
y repuebla la faz de la tierra.

Lectura de la 1ª carta de Pablo a la Comunidad de Corintios (12, 3b-7.12-13)

Como tampoco nadie puede decir: «Jesús es Señor», si no está movido por el Espíritu Santo.

Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de servicios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de actividades, pero uno mismo es el Dios que activa todas las cosas en todas las personas. A cada cual se le concede la manifestación del Espíritu para el bien de todos y todas.

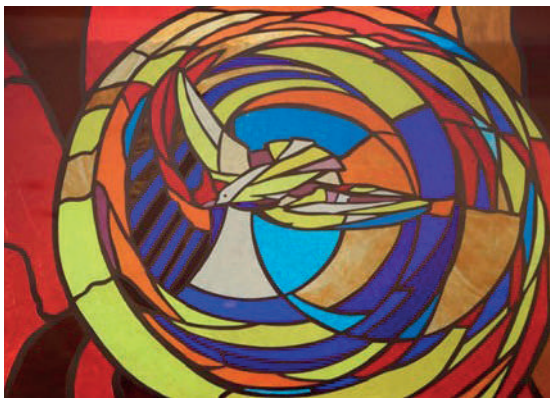
Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, por muchos que sean, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque todos nosotros y nosotras, siendo personas judías o no judías, esclavas o libres, hemos recibido un mismo Espíritu en el bautismo, a fin de formar un solo cuerpo; y también todos y todas participamos del mismo Espíritu.

Corinto era una ciudad llena de vida, dos puertos, el santuario de Afrodita y los juegos anuales en honor a Poseidón la convertían en centro de atención a forasteros. Su mentalidad y costumbres eran helenistas, según historiadores de la época sus habitantes podrían acercarse al millón.

El cristianismo de Corinto era también muy especial, no tenía que ser fácil el crecimiento de una comunidad en un ambiente tan efervescente, y no era fácil lidiar con una comunidad también hiperactiva. Una comunidad con carácter y un Pablo que no se quedaba atrás.

El texto que hoy hemos escuchado nos habla de un cristianismo en Corinto lleno de carismas que, posiblemente, habían llegado a causar problemas de división. Una comunidad con distintos liderazgos que ha generado algún tipo de sectarismos y que Pablo intenta, con una de sus reflexiones magistrales, convertir esas diferencias en riqueza y buscar la clave de la unidad.

Es admirable como Pablo hace una afirmación primera que obliga a romper los prejuicios: antes que nada, que quede claro que el Espíritu nadie lo controla y si alguien habla de Jesús, y dice que es Señor, ya hay que estar atentos porque eso viene del Espíritu, a partir de ahí las diferencias, los carismas, las distintas experiencias, tienen que servir para la unidad... para que este cuerpo, comunidad, sea expresión del único Señor Jesús. La clave está en el Espíritu.



Secuencia (*Veni creator*)

Las secuencias son textos poéticos incluidos en la misa, entre las lecturas; tienen la forma de composiciones estróficas, rimadas. Viene del mundo de la música, de los aleluyas gregorianos y los himnos que se desarrollan a partir de esos aleluyas. Se pusieron tan de moda, que el concilio de Trento eliminó muchísimas de ellas y dejó solo algunas, una de las más conocidas es esta que se recita antes del Evangelio el día de Pentecostés.

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

Lectura del Evangelio de Juan (20, 19-23)

Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

–La paz esté con ustedes.

Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos, se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo:

–La paz esté con ustedes.

Y añadió:

–Como el Padre me ha enviado, yo también los envío a ustedes.

Sopló sobre ellos y les dijo:

–Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengan, Dios se los retendrá.

Comentario

Este capítulo 20 es el primer final de la obra de Juan; el siguiente es un añadido pero que forma parte, en general, del estilo joánico, y la figura que lo estructura: «el discípulo amado». En este capítulo aparece el relato del sepulcro vacío, la aparición a la Magdalena, la primera aparición al grupo y la segunda en la que se incluye el relato de Tomás, y el primer resumen final.

Esta aparición de Jesús está llena de simbolismos, estaban reunidos, encerrados por miedo, al anochecer... ninguna afirmación de Juan es gratuita. La muerte de Jesús les destroza, les encierra en sí mismos y ni siquiera el testimonio de la Magdalena les llena de esperanza, necesitan su presencia ante la hostilidad del mundo.

Y Jesús se hace presente en medio de ellos, él es el centro, la comunidad cristiana se constituye alrededor de Jesús, el Cristo, muerto y resucitado, vivo y presente. En él se sustenta la vida de la comunidad.

Su primera expresión, ante este grupo lleno de miedo, incrédulo, sombrío, ya disperso en sí mismo, es un regalo, la paz. Es el saludo lleno de reconciliación, ha pasado la página de abandonos, traiciones, la página de haberse sentido sólo en su paso por el dolor, sufrimiento, muerte. Es una paz de reconciliación, pero es la paz necesaria para afrontar un nuevo futuro que está lejos del miedo y del encierro.

Y les enseña las manos y el costado. Es él, es el mismo, el resucitado es el crucificado y el crucificado es el mismo que anduvo con ellos por los caminos polvorientos de Galilea. La Resurrección de Jesús está íntimamente unida a su vida y a su muerte. No hay ruptura, la resurrección no hace desaparecer la identidad. Igual que su muerte es consecuencia de su vida, la resurrección es el premio, el reconocimiento de una vida dada, entregada hasta la muerte, haciendo la voluntad del Padre.

Los signos que permanecen en su costado y en sus manos son expresión del amor, de la entrega. Son las señales del auténtico sacerdocio. Es el recuerdo del «como yo les he amado». Somos pueblo sacerdotal, ¿dónde están mis llagas?

Y el encuentro es para la misión, no es el regodeo de: ¡hemos ganado! ¡los malos no pudieron con Jesús! El encuentro no se queda en una satisfacción mística que les hace sentir bien; el encuentro es para la misión, hay una buena noticia para el mundo que ha explotado en nuestros corazones y hay que anunciar.

Pero necesitan de la fuerza del Espíritu, esos cuerpos de barro, presas del miedo, encerrados en sí mismo, más muertos que vivos, «enfermos en la atmósfera viciada de su encierro», como diría el papa Francisco... necesitan del Espíritu.

El relato nos coloca en el Génesis y nos habla de cómo la Resurrección de Jesús es una nueva creación, una nueva alianza, un proyecto renovado de historia... la fría escultura de barro necesita el Espíritu que nos hace semejantes a Dios. Los discípulos enclaustrados en el barro del miedo necesitan el *rúaj*, el espíritu del Dios de la creación, que les llena de vida y les pone en camino.

El creer en el resucitado y seguir al crucificado necesita de la fuerza renovadora del Defensor, de Alentador, del Promotor y Jesús lanza su aliento renovador para ponerles en camino, ese aliento que hizo del ser humano un ser viviente, recibimos la fuerza divina que nos capacita para vivir el amor de Jesús para darnos generosamente a los demás.

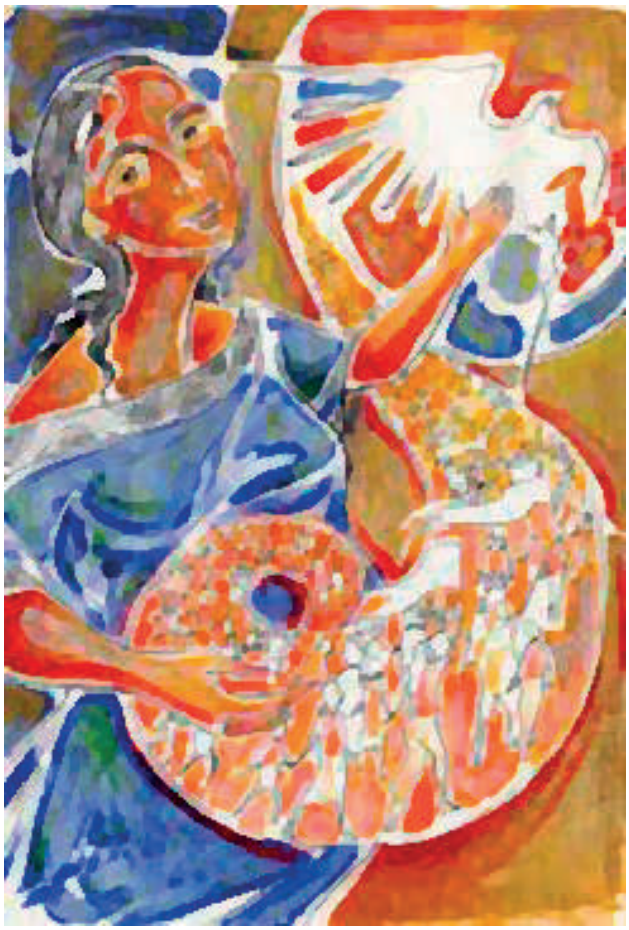
El Espíritu es el alma de la Iglesia, es la fuerza que la guía, que la hace siempre nueva y buena noticia para el mundo de hoy, para el hombre y la mujer de hoy.

Dos cuestiones prácticas para este tiempo: la sinodalidad sin una ferviente devoción al Espíritu, sin una confianza absoluta de que está y guía la Iglesia genera borreguismo, dedocracia, autoritarismo y manipulación... y lo contrario creer en una democracia donde impera el voto, es creer que las mayorías pueden sobre las minorías y tampoco forma parte del estilo de Jesús, donde los últimos son primeros, a los pequeños se les coloca en el medio, donde acoger y escuchar es clave porque todas y todos, cada uno, cada una «somos cartas de Cristo» (2Cor 3, 3). Una Iglesia sinodal cree en el Espíritu, presente y actuante, requiere una Iglesia en escucha, en la diversidad, para caminar juntos y juntas.

La segunda, en la Iglesia y cada uno de los cristianos tenemos que recuperar el Sacramento de la Confirmación donde recibimos personalmente, de forma solemne y en la comunidad, el Espíritu Santo. El Espíritu está en cada creyente que permite que anide en él o en ella. Esa convicción facilita la actitud de escucha; escucharnos y así juntos buscar caminos. «El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido...» (Hch 15, 28) esta convicción de la comunidad de Jerusalén es el reto de nuestras pequeñas comunidades, movimientos de cualquier grupo que se reúna en nombre del Señor.

Tenemos que recuperar al Espíritu, la devoción al Espíritu como fuerza, iluminación en el discernimiento, como guía, no solo en lo comunitario y eclesial, sino en lo personal. Y solo en la práctica haremos sacramento de la sinodalidad.

Ven, ¡oh, Santo Espíritu!,
llena los corazones de tus fieles y enciende
en ellos el fuego de tu amor.
Envía tu Espíritu y serán creados.
Y renovarás la paz de la tierra.
Oremos:
¡Oh, Dios, que has instruido los corazones de tus fieles
con la luz del Espíritu Santo!
Concédenos que sintamos rectamente con el mismo Espíritu
y gocemos siempre de su consuelo. Por Cristo Nuestro
Señor. Amén[1].



[1] Rovirosa recomendaba en los cursillos que siempre se rezara esta invocación al Espíritu (OC TIV pág. 77, 191, 315).